

XII Premio FAES de la libertad a Josep Piqué

BARCELONA, 27 DE JUNIO DE 2024

Bienvenidos al acto de entrega del Premio FAES de la Libertad, en su ya decimosegunda edición.

Agradezco vuestra presencia hoy en Barcelona, acompañándonos para rendir homenaje a un catalán neto, un español consciente y un europeo cabal.

Como sabéis, en 2009 la fundación FAES instituyó este Premio en reconocimiento a personalidades distinguidas en la promoción y defensa de la democracia y la libertad.

En ediciones anteriores, hemos galardonado a D. Juan Carlos, Margaret Thatcher, Simon Peres, Mario Vargas Llosa, Enrique Krauze, o Giovanni Sartori, entre otros.

Nuestro patronato ha querido añadir a esta nómina el nombre de Josep Piqué. La decisión fue tan unánime como fácil: las trayectorias ejemplares resultan evidentes; en el caso de Josep, esa trayectoria es la de toda una vida puesta al servicio de la libertad.

Le conocí personalmente visitando Cataluña antes de nuestro primer Gobierno. Tengo escrito que me impresionó su perfil profesional y su capacidad dialéctica. Eso me movió a embarcarle en aquella aventura, proponiéndole la cartera de Industria.

Sumergido yo entonces en un tráfago que no consentía pausa reflexiva, al cabo de los años puedo afirmar que, en ese albor de nuestro

trato, estaba ya presente –con su categoría intelectual y vibración humana-, el Piqué que luego mostraría tantas facetas diversas, despliegue todas ellas de una personalidad rica e insobornable.

Encarando cualquier dificultad, en Josep el *espíritu de finura* desplazaba la tentación del manotazo, y una mezcla feliz de dotes morales brotaba sobre el trasfondo de la virtud que caracterizaría toda su actividad pública: la prudencia.

Esta virtud cardinal constituye en política el clima en que han de desenvolverse todas las demás virtudes, el elemento regulador sin cuya actuación corren el riesgo de volverse locas, según la frase de Chesterton.

La prudencia inspiró también su elegante conformidad con los reveses de la vida. No necesito recordaros con cuánta entereza afrontó su última enfermedad.

En política, supo hermanar siempre la fidelidad a convicciones arraigadas con el respeto al criterio ajeno. No rendía culto facilón al sincretismo de los términos medios. Saldaba las discrepancias remontando el vuelo para contemplar desde arriba las soluciones.

Esta conducta la mantenía en todos los terrenos: lo mismo al contraer responsabilidades de gobierno que al ejercer otras, de tipo empresarial; sin dimitir nunca las que tenía asumidas, de entrada, como ciudadano.

Su ingénita discreción y su temperamento conciliador lo situaron de forma natural en puestos eminentes. La actividad diplomática y el ejercicio de la Portavocía le cuadraban cumplidamente.

Este espíritu de composición integradora lucía también en el trato con las ideas. Brillaba en sus análisis y se dejaba sentir en sus juicios. En este punto me rindo al tópico porque, por una vez, es cierto: sí, Josep Piqué era el *seny* personificado.

La ecuanimidad de Josep, debo decirlo, no eclipsó nunca su lealtad a unas siglas y su adscripción a un proyecto político concreto. Que era –y es– el mío.

En el ministerio de Industria, en el de Asuntos Exteriores, en el de Ciencia y Tecnología, en la Presidencia del Partido Popular de Cataluña o en el patronato de esta fundación, ese compromiso se mantuvo hasta el final.

Permitidme un comentario sobre la negociación que abrió camino a nuestro primer Gobierno. Esa negociación se plasmó en un documento público y detallado conocido como “pacto del Majestic”, con lo que entonces era *Convergència y Unió*.

Se han dicho muchas cosas de ese pacto. Escuchar muchas de ellas es comprobar que la mayoría de sus comentadores no lo han leído.

Algunos lo esgrimen como prueba de cargo. Ciertos fiscales improvisados nos acusan de hipocresía. Habréis escuchado muchas veces: “Estos que critican el acuerdo con los nacionalistas para gobernar, hicieron lo mismo cuando les convino”. O aquello de: “Aznar transfirió la educación, entonces empezó todo”. Ese tipo de cosas.

Permitidme decir que, por mi parte, ni olvido ni fabrico falsos recuerdos. Cada uno podrá enjuiciar aquel pacto según su leal saber y entender –subrayo lo de *leal*–. Pero no cabe \neg –no es leal– falsear sus términos.

Léase. No se encontrará una línea dedicada a transferencias de educación. Simplemente, porque esta materia se transfirió a Cataluña en 1980 en enseñanza primaria y secundaria, y en 1985 en enseñanza universitaria.

Lo que sí podrá leerse son unas bases para la reforma del modelo de financiación autonómica que, poco después, sería aprobado por todas las Comunidades Autónomas, sin excepción. Última unanimidad en este campo.

Un acuerdo nacional, junto a otros de igual naturaleza: reforma de la administración periférica, profesionalización de las Fuerzas Armadas, asunción de compromisos de gasto sanitario...

Desde luego, ni rastro de supresiones a la carta de tipos delictivos, indultos arbitrarios, amnistías inconstitucionales ni financiaciones negociadas unilateralmente en provecho propio.

El *Pacto del Majestic* no fue ni un chantaje pasado a limpio ni una carta feudal para intercambiar investidura por impunidad y privilegio. Firmado en Barcelona, aprovechó a toda España.

Así lo entendieron los españoles: cuatro años después, nos daban una mayoría absoluta y los índices de sentimiento secesionista, en Cataluña, registraban mínimos históricos.

En los últimos treinta años, la menor intensidad de sentimiento nacionalista catalán excluyente se registró en 1996 (un 11%), 1998 (un 11,5%) y 2002 (un 12,1%).

1996 explica el año 2000; para explicar 2017 hay que mirar a otra parte.

No veo el *Majestic* como precedente de desatinos posteriores; sí como ejemplo de ejercicio responsable de prudencia política; de un “pactismo” que algunos predicán mucho, pero practican poco.

Nosotros pactamos, sí. Para poder gobernar, *con* la Constitución, en interés de toda España. No se nos ocurrió pactar *contra* la Constitución, para “estar en el Gobierno” en interés propio.

Josep Piqué compartía esto. Cualquiera puede comprobarlo: su pensamiento no demanda relecturas póstumas ni revelaciones indiscretas. Bien patente está en sus publicaciones. No tenemos que preguntarnos “¿qué pensaría de todo esto?” Podemos leer sus textos más recientes.

En una de sus últimas entrevistas –si no la última–, publicada en *El Mundo*, decía que el principal problema de España hoy es “el cuestionamiento de la Constitución, la unidad y la cohesión social”.

Esa erosión la atribuía a “una política del Gobierno destinada a intentar mantener su mayoría parlamentaria sobre la base de dividir a la sociedad”.

Siendo preguntado acerca de la posibilidad actual de una “conllevancia” con el secesionismo, contestaba que para dar respuesta política a ese desafío lo importante es construir una “oferta positiva” atendiendo “a los problemas reales de los ciudadanos y no mediante concesiones a quien nunca se va a sentir satisfecho”.

Porque –concluía– “uno de los principales errores que hemos cometido ha sido no fijar límites claros al independentismo”.

Doy valor de verdadero testamento político a esa entrevista. Contiene un diagnóstico y un llamamiento. Colofón de una trayectoria a la que hoy rendimos homenaje, nos emplaza a todos.

En lo que más de cerca nos concierne – y aquí eso se llama Cataluña–, la obsesión política última de Josep Piqué fue cerrar una etapa definida por varias notas, todas negativas:

Etapa de inestabilidad: en Cataluña se ponen urnas con frecuencia inaudita, pero no para que los electos atiendan los problemas de los electores, sino para que los electores compongan la irresponsabilidad de los electos.

Etapa de fractura social: el *procés* quiso romper España; se ha limitado a romper Cataluña. Podía anticiparse y así ha sido.

Etapa, en fin, de pérdida de peso específico en el conjunto nacional y declive económico: no alegraré cifras porque la evidencia no pide prueba.

En este caso, diagnosticar el mal es tener casi formulado un ideal político. Porque los ideales políticos o son realizables, o son quimeras. Y el ideal inmediato de Cataluña lo dicta su dolencia misma: sanar de ella.

Lo que ahora necesita Cataluña son políticos dedicados a servir, ocupándose de lo que es de todos: el fomento de la seguridad, la reactivación del empleo, los servicios sociales, el bienestar de todos gestionado desde el interés de todos.

Hay que poner punto final a la simplificación binaria del ‘todo o nada’, de la radicalidad estéril y los callejones sin salida.

Hay que reparar lo que se haya roto, restañar las heridas, soldar las grietas entre catalanes y entre catalanes y resto de españoles.

Hay que conformar instituciones que sumen, no que resten; capaces de caminar en la buena dirección y no tropezar, alucinadas por un espejismo mediocre.

Hay que poner a Cataluña en los carriles del despegue económico, de la convivencia normalizada, de la libertad de cada uno amparada por la Constitución de todos.

No solo en Cataluña, pero notoriamente en Cataluña, vivimos un tiempo en que se entiende la política como un juego de suma cero; como una sucesión de órdagos; como un ejercicio de exclusión del rival, sin margen para la transacción razonable.

Pero la política democrática no es nada eso. La democracia se levanta sobre premisas incompatibles con el ‘todo o nada’, el ‘o tú o yo’. La democracia organiza instituciones diseñadas para que no sea necesario pensar igual para obrar juntos.

En democracia, cuando alguien gana una elección, no adquiere el derecho de ignorar, excluir o aplastar a su contradictor. Gana el derecho a ocupar un lugar donde seguir discutiendo con él.

En democracia, las asambleas representativas albergan partidos que compiten a la vez que colaboran; no facciones que combaten hasta aniquilarse.

Así, democráticamente, se construyó la Unión Europea; así se hizo la Transición; así se promulgó la Constitución. Así es como se convive democráticamente: discrepando desde la concordia, siendo esclavos de las leyes para poder ser libres.

Para algunos resultará demasiado paradójico todo esto, demasiado *civilizado*; a esos hay que exigirles que no invoquen la “democracia” para camuflar con el prestigio del término sus ganas de pugna incivil.

Amigos, el horizonte de una Cataluña reconciliada consigo misma pasa por la ley y la Constitución.

Tenía razón Piqué: pretender contentar a los que viven de no estar nunca contentos es baldío y, además, implica dar por buena una falsedad venenosa: eso de que la Constitución no reconoce suficientemente a Cataluña.

A quienes andan pidiendo referéndums para que unos cuantos decidan por todos, hay que recordarles que la marca catalana en el referéndum de ratificación constitucional permanece imbatible. La Constitución sigue siendo la opción más votada aquí hasta la fecha.

Quienes buscamos marcos de entendimiento que evitasen tentativas de ruptura no nos arrepentimos. Una política con sentido histórico no opone diques a los sentimientos de pertenencia, para que se estrellen contra ellos; tampoco deja que aneguen torrencialmente el solar nacional. Los encauza, para hacerlos fértiles.

Ese cauce integrador era y es la Constitución, con su reconocimiento de la autonomía política. Ese y ningún otro.

Quienes anuncian ahora como programa ahondar en la división entre catalanes, enconar las heridas y desatender los apremios de la realidad, desbarran. Están traicionando, en primer lugar, a Cataluña.

Todos ellos llevan décadas sin hacer política real en Cataluña. Están demasiado ocupados en malversar sus exacciones, fomentar la sedición y agitar la calle como para dedicar tiempo a la modesta tarea de incentivar la inversión, combatir el declive, garantizar la seguridad o anticiparse a los retos de la revolución tecnológica.

Son artesanos de la ruina. Y hoy quiero decir a los que, desde el *Tinell*, siguen empeñados en expulsar al centro-derecha nacional de Cataluña, que pinchan en hueso y, además, degradan la democracia.

Iniciaron un proceso de ruptura con el resto de España de espaldas a la sociedad civil, y lo continuaron contra ella; han roto la convivencia entre catalanes. Tienen contraída una deuda inmensa que deben saldar.

No son acreedores de un perdón que no han pedido; mucho menos de una recompensa por su deslealtad.

Quien premia el delito se hace cómplice de él e incentiva su reiteración. Quien indultó delincuentes contumaces dijo perdonar; al conceder después una amnistía –rompiendo su palabra– confirmó que mentía, porque amnistiar no es perdonar, es pedir perdón.

Los que han roto Cataluña al querer romper España cuentan con una izquierda que ha dejado de sentirse vinculada por el pacto constitucional. Una izquierda que ha preferido romper con la Transición y liquidar su patrimonio histórico reciente.

Amigas y amigos,

Hoy puedo mantener mi convicción de que España es un hecho de suficiente densidad histórica y política como para jugar la carta de su desintegración. Esa es una apuesta perdedora.

Antes que España, se romperán los que quieran dedicar su esfuerzo a dislocar su realidad nacional. De hecho, lo estamos viendo ya. El frente de ruptura es una coalición tóxica en la que el socio dominante parasita al resto.

El *procés* acabó con CiU y está fracturando ERC; exportado al conjunto de España, tendría potencial suficiente para romper el PSOE. La activación de una nueva fase del *procés* acabaría con sus promotores.

La sedición devora a sus hijos, podríamos decir. Lo malo es que, por el camino, ha devastado Cataluña y ha envenenado la convivencia nacional.

Un nuevo *procés* a cara descubierta o disfrazado de reforma estatutaria, llevaría a Cataluña a otra vía muerta. Con maquillaje o sin él, el *procés* nunca ha sido ni será otra cosa que un proceso de destrucción constitucional.

Cataluña no es Escocia. España no es el Imperio austro-húngaro. En 1978 diseñamos una arquitectura autonómica que conciliase unidad y diversidad.

Desvirtuar el modelo fue un error. Romperlo sería, ahora, otro mucho mayor. Perfeccionarlo es acertar. Esta es nuestra encrucijada histórica.

Cataluña identificó bien el camino del acierto en 1978. Ningún otro territorio español ratificó con tanta contundencia la carta de las libertades y la autonomía recuperadas. Ahora es perentorio volver a acertar.

De mis conversaciones con Josep, recuerdo el reiterado alegato de sus clásicos, cuando Cataluña las monopolizaba.

Nunca faltaba la mención de Vicens Vives y su Noticia de Cataluña. Ni la de tantos artículos de Gaziell. Josep, de tan característico *seny*, solía citar la definición de Vicens de la *rauxa*, el envés del *seny*.

Descrita como “claudicación del espíritu”, para Vicens era “base psicológica del todo o nada, la negación del ideal de compromiso y pacto dictado por el *seny* colectivo”.

Estas menciones ocurrían al comentar la constante, tan apreciable, que emparenta los dos ‘octubres negros’, el de 1934 y el de 2017.

Jaume Vicens seguía la pista de la *rauxa* catalana como inclinación al fracaso histórico en estos términos:

“Nos hemos obcecado para dar las coces de la rauxa. Esto ha sido un mal a lo largo de nuestra vida colectiva, porque ha sido una actitud contraria a nuestra tradición pactista y ha preparado el advenimiento del todo o nada. Mucho más grave todavía, porque, desde un punto de vista político, generalmente hemos dicho ‘¡basta!’ en el peor momento, cuando la coyuntura nos era desfavorable, cuando había pasado el punto dulce de nuestra fuerza o nuestra razón”.

Vicens Vives coincidía con el *Gaziell* de La clara lección, el artículo escrito tras la intentona del 6 de octubre que aparejó el desastrado fin del primer ensayo autonomista:

“Todo se ha perdido, incluso el honor, (...) Teníamos una coyuntura insuperable para hacernos amar de España entera, (...) empleándonos a fondo en una obra de elevación y engrandecimiento nacional, en el levantamiento de una España nueva; y hemos acabado ahuyentando a todos nuestros amigos no catalanes, haciéndoles avergonzar y arrepentir de serlo, causándoles incluso tremendas heridas y teniendo nosotros que pasar, a los ojos de la mayoría, por torpes y ridículos separatistas”.

Esa “clara lección” Josep Piqué la tenía aprendida de memoria. La denuncia de Gaziell le parecía inmejorable. En recuerdo de nuestro amigo concluyo con un párrafo de su predilección. Uno en que Gaziell caracterizaba el separatismo. Así:

“El separatista cree que es imposible entenderse con el resto de los españoles, y para remediar esta situación, propone una cosa más difícil todavía, que es el desentenderse violentamente de ellos. Por esto el separatismo ha sido siempre en Cataluña una pura negación estéril. (...) El separatismo no hizo más que deshacer lo hecho, acarreado la anulación o destrucción de lo conseguido, y dejando a Cataluña desolada e inerme, sin la más vaga, sin la más remota, sin la más quimérica compensación. El separatismo es una ilusión morbosa que encubre una absoluta impotencia”.

Muchas gracias.